UCA
Pontificia Universidad Católica Argentina
Biblioteca digital
de la Universidad Catolica Argentina

Díez, Ricardo Oscar

El bicentenario como un acontecimiento entre muerte e inmortalidad

IV Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2010
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.
La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Díez, Ricardo O. "El bicentenario como un acontecimiento entre muerte e inmortalidad" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología : Miradas desde el bicentenario : Imaginarios, figuras y poéticas, IV, 12-14 octubre 2010. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en: http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/bicentenario-como-acontecimiento.pdf [Fecha de consulta: ….]

EL BICENTENARIO COMO UN ACONTECIMIENTO ENTRE MUERTE E INMORTALIDAD

Ricardo Oscar Díez
(UBA-CONICET)

Introducción

El Bicentenario constituye en sí mismo un festejo que se inscribe en un presente antecedido por un pasado y proyectado hacia el porvenir. El pretérito, como dice san Agustín, ya no es porque se ha retirado de la presencia y el futuro tampoco es porque aún no se ha presentado. El primero es ausencia de lo que ha dejado de ser, el segundo, de lo todavía no ha llegado a ser. En el pasar incesante del presente permanece el recuerdo de lo sido y las proyecciones de lo que advendrá. La memoria llama a festejar lo vivido mientras que los signos marcan el surco que se proyecta. Entre ellos el festejo presta atención a lo ocurrido para celebrar lo acontecido y adelantar lo que será.

En estos aspectos temporales se juegan los lugares donde se actúan las mutaciones que van aconteciendo en lo personal y en lo social. Espacios que se influyen mutuamente porque no hay acto individual que no afecte al todo, ni hecho del espíritu objetivo que no modifique al subjetivo.

Fijemos nuestras reflexiones en la incesante mutación que acontece en el tiempo y en el espacio para ver lo que en el Bicentenario hay de muerte e inmortalidad y, según esos aportes y nuestras obras, orientar la vida a futuros festejos y decepciones.

La mutación

Todo acontecimiento implica una mutación aunque no toda mutación provoca un acontecimiento. Lo que muta, al mismo tiempo, cambia y permanece. En los extremos de la vida se radicaliza la transformación. El nacimiento de un ente se inicia, a pesar de la novedad del engendramiento, con la permanencia de las células que le dan origen. La muerte culmina, a pesar de la destrucción, con la permanencia de algo que se descompone. Nacer y morir son los límites de una existencia que puede percibir la relación indisoluble entre mortal e inmortal. Opuestos que edifican al hombre que habita la temporalidad donde no hay cambio sin permanencia, ni permanencia sin cambio.

La transformación que implica toda mutación es múltiple. Una cosa es ver el mutar del objeto en sí mismo, otra, contemplar el tiempo en que el movimiento se produce.

En lo que muta la primera diferencia se da entre recibir alguna novedad o recibir el propio ser siempre nuevo.[1]

[1] "Una cosa es recibir alguna novedad y otra recibir el propio ser siempre nuevo", L. Thomassin, *Dogmata theologica* I, 481; citado por Jean Louis Chrétien, *La mirada del amor*, Salamanca, Sígueme, 2005, 152.

La recepción novedosa puede darse en algo o en todo el ente. En la parte, lo nuevo puede ir, propiamente, de lo que no se tiene a su adquisición o, impropiamente, de lo que se tiene a su pérdida. La primera dirección es propia porque representa una ganancia en el patrimonio, la segunda es impropia porque pierde algo que se tenía en propiedad. Cuando las acciones provienen de la voluntad, a la primera se la denomina bien y a la segunda, mal. En los actos volitivos hay un responsable de las ganancias o de las pérdidas. Entre los antecedentes y los consecuentes de las transformaciones hay acciones propias y ajenas. Obras voluntarias e involuntarias que despliegan consecuencias necesarias y permiten valorar lo actuado como justicia e injusticia. Cuando lo involucrado es la totalidad del ente la mutación puede acontecer del no ser al ser y del ser al no ser. Nacimiento y muerte son los nombres de estos movimientos que afectan a los vivientes. El bien y el mal se reconocen entonces como generación y corrupción.

El recibir el propio ser siempre nuevo ocurre cuando algo no cesa de nacer porque recibe lo que es desde su fuente. La existencia del ente que percibe ese manantial constata un permanente brotar que se participa desde un fondo fontanal inagotable. La alteridad originaria es la vida que brota sin pausa en el viviente. Un segundo nacimiento se superpone al paso del no ser al ser. Éste genera en la objetividad del mundo, aquél engendra en la intimidad de quien vive. Uno se contempla en la irrupción de un nuevo viviente, otro, aunque invisible, se agradece por participar en el donante fluir. La frase de san Pablo rescata esta perspectiva al decir: "Nada hay que no hayas recibido".[2] Vivir es experimentar ese acontecimiento gratuito que se recibe solo por la gracia.[3] La alteridad engendra al viviente y lo mantiene siendo. Quien vive no se da a sí mismo la vida sino participa viviendo en ella y por ella. Si el hombre pretendiese cortar con la fuente de donde mana lo que recibe y quisiera edificar su existencia sobre una construcción cimentada en el yo y solo yo puedo, seguiría recibiendo lo que la vida le da pero, tarde o temprano, sus constructos se mostrarían como productos de muerte que lo conducen hacia la nada.

Todos estos cambios de la mutación son vividos en el tiempo que se siente como lugar de castigo o de purificación. Ambos sentimientos se suceden, se unen y se mezclan en un mismo acontecer.

Un extraño y novedoso texto encontramos en san Gregorio Magno que dice:

> desfallece una y otra vez siempre que cree avanzar en la carrera de su propia vida […]. Para nosotros vivir es alejarse de la vida cada día. No, el primer hombre no pudo conocer el paso del tiempo antes de pecar: el tiempo pasaba, él permanecía. Pero, después de pecar, se situó en el terreno resbaladizo, por así decirlo, de la temporalidad (*in lubrico temporalitatis*) […]. Al abandonar a aquel que siempre permanece, el alma pierde la morada que habría podido tener.[4]

El tiempo anterior a la caída se habitaba firme, sin resbalar. La permanencia en *aquél que siempre permanece* provocaba en el primer hombre la no percepción del cambio como algo dirigido hacia la muerte porque vivía sin desfallecer y sin alejarse del árbol de la vida. Pero esa vivencia no es la nuestra, expulsados del paraíso experimentamos la temporalidad resbalando y la sentimos como un implacable pasar donde vivir es necesariamente morir. Desde el nacimiento el hombre muere. Nacer y morir son contrarios que se suceden, se mezclan y se unen. La obra y la vida humana es síntesis de nacimiento y muerte, se renace para morir y se muere para renacer. El cambio es un constante paso donde se nace a la novedad que se pre-

[2] 1 Cor. 4,7.

[3] "La *experiencia de la Vida podría ser la definición más breve de la mística*", dice Raimon Panikkar en su libro, *De la mística. Experiencia plena de la Vida*, Barcelona, Herder, 2008, 25.

[4] Gregorio Magno, *Morales sur Job* XI, 68, París, 1974, 138-139 (versión castellana: *Libro de los Morales de san Gregorio… sobre el libro de Job*, Valencia, 1993); citado por J.-L Chrétien, *La mirada del amor, op. cit.*, 147.

senta y se muere a lo que se era sin poder recobrar nunca más lo acontecido. Nuevo y viejo son nombres menos violentos de los aspectos que toda transformación acarrea. Al levantarse cada mañana el hombre muere a la vejez del ayer y nace a la juventud de hoy, sin embargo, el ayer era una vida más joven y el hoy una aproximación a la muerte. Implicancias mutuas del morir y del nacer, de estos contrarios involucrados en cada acontecimiento y en la totalidad existencial de quien viviendo los unifica.

El cambiar relaciona siempre algo que muta y algo que permanece en la resbaladiza temporalidad. Lo mutable y lo inmutable se dan juntos y se edifican mutuamente. El morir y la inmortalidad son dos modos de nombrar lo que muda y la permanencia en quien no solo cambia sino que necesariamente debe cambiar. Necesidad dada en el espacio abierto entre el tiempo y la eternidad, en el lugar donde se realizan las transformaciones.

Muerte e inmortalidad, tiempo y eternidad son opuestos que el pensamiento no puede separar porque se unen en la mutación que mata e inmortaliza, que cambia y permanece, que transcurre en la existencia vivida como castigo o purificación según una anhelada permanencia sin final.

El hombre juega en estos movimientos su unidad y su ruptura. El yo y los otros exponen sus encuentros y desencuentros. El ser se aventura hacia el uno o hacia la nada según las mutaciones parciales y totales que experimenta en una temporalidad que habita con nostalgia anhelando la eternidad. Contrarios que se dan tiempo y que en su simultaneidad se sienten como castigo y purificación.

Muerte e inmortalidad

A fin de dar forma a estas cuestiones seguiré uno de los acusados por Dominique Janicaud de haber realizado el *giro teológico de la fenomenología*: Jean-Louis Chrétien.[5] En su defensa habría que decir que sus escritos no tratan de cambiar la palabra fenomenológica por un discurso sobre Dios sino de orientar el pensamiento al *suelo de creencias* que sostiene la argumentación. No se trata de un giro discursivo sino vital donde se busca pensar la fe que sustenta la razón. Tierra que para los acusados, Emmanuel Levinas, Jeanc-Luc Marion, Michel Henry, Jean-Louis Chrétien y otros adquiere la forma de un Libro Sagrado que revela una palabra no humana, un decir anterior que debe ser escuchado y engendra la verdad en el pensamiento.

El giro responde, a mí entender, al mandato que Jean Greisch encuentra en E. Husserl: "Se trata de despojar el mundo de los revestimientos de ideas del que ha sido revestido".[6] En tal despojo se abre el anhelo de orientar hacia lo que siempre se presupone, hacia lo originario porque: "Toda marcha cognoscitiva, toda empresa práctica sobre el mundo, todo juicio de creencia presupone ya un 'suelo de creencia', una doxa pasiva originaria".[7]

Por este giro, que no es teológico sino vital, algunos de estos fenomenólogos recurren a pensadores medievales porque en ellos la preocupación primera del pensamiento es que la fe busque su intelección. *Fides quaerens intellectum* vuelve a preocupar a quienes han experimentado el fracaso de haber pretendido emanciparse de todo creer creyendo en la autonomía potencial de la razón. El hombre moderno que esperaba, con sus razones, liberase de las creencias, terminó creyendo, con una fuerza inusitada, que con el solo despliegue de sus potencias podía edificar plenamente su vida. Confianza que sostuvo el avance del poder técnico-científico durante muchos siglos pero que hoy, aunque dominante aún, comienza a dudarse que el hombre pueda por sí mismo realizar algo bueno.

[5] Janicaud Dominique, *Le tournant théologique de la phénoménologie francaise*, Combas, Éd. de l'Éclat, 1991.

[6] Greisch, Jean, *L'âge Herméneutique de la Raison*, Cerf, París, 1985, 130.

[7] *Ibídem*, 129.

Después de este excurso, retomemos a Jean-Louis Chrétien en su texto: "Poder morir y deber morir".[8]

El autor comienza afirmando que múltiple es la inmortalidad porque múltiple es el morir. San Agustín, pensando ambas categorías, distingue:

1°) Si morir es dejar de ser lo que uno fue, ser inmortal sería ser inmutable.

2°) Si morir es perder nuestra vida más propia, perder la unión con la justicia y la verdad, ser inmortal sería no separarse nunca de Dios.

3°) Si morir es abandonar el propio cuerpo, ser inmortal sería estar siempre unido a él.

4°) Si morir es volver a la nada, ser inmortal sería no poder ser conducido nunca al no ser.[9]

Cuatro títulos despliega el texto de Chrétien: 1) Inmortalidad e inmutabilidad; 2) Inmortalidad e impecabilidad; 3) La inmortalidad perdida; 4) La inmortalidad recobrada.

Ser inmortal puede significar: o la imposibilidad absoluta de morir y, en este sentido, sería contrario con la muerte, o el paso de una vida mortal a otra inmortal y, en este caso, ambos términos pueden ser sostenidos como opuestos unidos en una misma vida. Si la muerte es un paso, quien pasa es mortal e inmortal a la vez. Ambos conceptos serían dos modos del vivir que el pensamiento debe tratar juntos sin separación ni contradicción alguna. Bajo esta perspectiva la inmortalidad solo puede ser pensada desde la mortalidad y ésta desde aquella porque ser inmortal es la continuidad posible de lo mortal y la muerte, el paso a su contrario.

El primer título del texto de Chrétien asocia lo que es mortal a la mutación que vive el hombre en el resbaladizo tiempo. Esa experiencia, en el texto de san Gregorio, se produce por la caída. El primer hombre no resbalaba ni desfallecía alejándose de la vida, antes bien, permanecía, aunque el tiempo pasaba, porque no estaba llamado a morir y la mutación no estaba orientada hacia la muerte. Después del pecado, morir se hace inevitable y la inmortalidad se juega respecto de una impecabilidad que se puede perder y recobrar. Acontecida la necesidad de la muerte por la pérdida de la primera forma de ser inmortal se juega una segunda que depende de los actos humanos. La asociación agustiniana entre pecado y muerte habla de dos modos de ser inmortal. La primera se expresa como *posse non peccare* (poder no pecar) y era la que gozaba el primer hombre antes de su caída, la segunda, como *non posse peccare* (no poder pecar), y será la que gozarán los que por sus obras merezcan cumplir los anhelos del corazón. Entre estas dos formas de inmortalidad la muerte pasó, por un acto humano, de ser posible a necesaria, de ser una advertencia a un hecho. Entre ambos modos de ser inmortal el hombre debe necesariamente morir y sabe por experiencia que es mortal. Necesidad y saber acontecidos por un acto de libertad que lo ha llevado a perder lo que tenía y a recobrar bajos el signo de la promesa lo anhelado. Lo perdido se experimenta en tener que morir y por la creencia se abre la posibilidad de rescatar la inmortalidad a partir de los actos que cada uno hace en su vida.

Los cuatro sentidos de muerte e inmortalidad distinguidos por san Agustín alcanzan en la impecabilidad su culminación. No pecar es la condición donde se juegan la mutación, la corporeidad y la liberación de la nada. Quien *no puede pecar* se opone absolutamente a quien *no puede no pecar* porque en el primero la inmutabilidad se vuelve culminación, en el otro, castigo. Ambos son modos de ser inmortal, uno por la cercanía con la Vida que plenifica el cuerpo vivido, otro por la lejanía que lo aproxima a la nada. El primero habita la plenitud, el segundo, un mundo informe donde por la ausencia de forma tampoco es posible, aunque de distinta manera, la mutación. Para esbozar estos lugares inmutables Agustín recurre al primer día de la creación cuando se crea el cielo y la tierra. Estos ámbitos difieren de los que vemos hoy que fueron creados posteriormente, al separarse las aguas y al crear los astros en el firmamento. Porque lo creado necesita espacio, el Génesis diseña en el inicio dos lugares en los que habitarán las criaturas según sus actos. *El cielo de los cielos* es la eternidad donde

[8] En el libro, *La mirada del amor, op. cit.*, 147.

[9] J.-L Chrétien, *La mirada del amor*, op.cit., 144.

se vive sin mutación en la presencia y contemplación de Dios. *La tierra informe y vacía* es, a la vez, la potencia primera componente material de todas las cosas y el lugar habitado por los que, por sus actos, prefirieron vivir una vida inmutable en el mal. Es el espacio donado a quienes no quieren padecer la presencia divina de la persona odiada, un ámbito que es también sin mutación porque al ser *informe y vacío* es sin cambio y, consecuentemente, sin tiempo. Existencia que no pueden abandonar porque, por decisión de su voluntad, permanecen en la condición de *no poder no pecar*.[10]

La dependencia del acto no viene justificada por una ética donde el hombre debe actuar por sí mismo, sino por un dejarse obrar por lo que habita más allá de él. La libertad no es un poder que permite optar entre pecar o no pecar sino una fuerza dada para conservar la rectitud de la voluntad por la misma rectitud.[11] Desde los Padres de la Iglesia no es la opción pecado-no pecado la que condiciona la vida sino un dejarse obrar por la verdad o maestro interior que opera el bien en la intimidad del corazón. Se opone a este abandono la pretensión de edificarse solo por sí mismo. Abandonarse al impulso interior de la gracia es la única posibilidad de hacer algo bueno para quien es malo y es tal porque ha heredado el mal originario. Nada aporta una ética que distinga lo que hay que hacer y lo que no debe ser hecho porque muchas son las formas que el hombre tiene de justificar, en pro o en contra, lo injustificable. Solo cabe la unidad o la separación de lo creado respecto de su Creador. La criatura solo puede obrar el bien cuando se abandona a su Hacedor y el mal cuando quiere obrar con autosuficiencia desde sí mismo, creyendo, que las propias fuerzas pueden conducirlo a algo bueno. "Vanidad de vanidades" es el obrar del hombre separado de su fuente. Mentira que oculta la soberbia de quien pretende ser creador en algo y solo puede, desde sí, obrar el mal, la pérdida, la nada.

En la temporalidad la inmortalidad se pierde y se encuentra como posibilidades del amor. Se puede amar lo que cesa o lo que no cesa y el amor se juega en lo que ama. Amar lo que termina es limitar el deseo a las apetencias personales. Amar lo que no acaba hace que el amor sea más fuerte que la muerte. Poder morir es algo que le acontece a todo viviente. Ser mortal es condición de lo creado y ser inmortal es una donación que se da cuando el hombre es mantenido sin resbalar hacia la nada y unificado en sus partes. La carne participa también del don de la inmortalidad porque es la que primero padece las afecciones con las que la Vida nos enseña a vivir. Cómo será esa condición para aquel a quien la muerte impone la separación del cuerpo es un misterio que el pensamiento ignora hasta la experiencia final, hasta alcanzar la evidencia que la última mutación le puede manifestar.

Conclusión

Después de estas breves reflexiones volvamos al Bicentenario para ver la memoria de lo acontecido junto a la necesidad de morir padecida a consecuencia de un acto de libertad. A ese memorial se añade la urgencia de actos humanos obedientes a la Vida que se dona. De tal obedecer depende el incierto futuro que puede abrirse a posibilidades inéditas en el vivir o acarrear la muerte a consecuencia de la desobediencia y de la mentira que supone que yo y solo yo puedo hacer algo bueno para mí y para los otros. Si se supera este engaño del mundo actual, los hombres experimentarán el cuidado que hay que tener en las obras individuales y, mediante el diálogo, renacer entre todos a habitar, del mejor modo posible, la justicia. Sin la percepción de lo que excede lo humano, el futuro se obrará injusto porque se construirá sobre un mero juego de palabras, sobre discursos vacíos que ocultan un poder soberbio y donde cada cual busca solo su propia conveniencia aunque se afirme descaradamente lo contrario.

[10] Cf. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro XII.
[11] Cf. SAN ANSELMO, *De Libertate Arbitrii*.

El próximo centenario se puede construir en obediencia a la vida y, en tal caso, nos encontrará juntos festejando la justicia alcanzada, o, en cambio, el hombre continuará pensando que puede hacer algo bueno por sí mismo y nos encontrará divididos y sin nada que festejar. De la obediencia a la memoria originaria o su negación depende que el presente se proyecte justo o injusto, hacia un alegre festejo o hacia la decepción de lo actuado. Aunque siempre es posible festejar haber llegado al presente que la vida dona y al futuro que mantiene la esperanza de algo mejor.